

## CAPÍTULO IX

CARLOS BIANCONI.

*Una lección de vida práctica en Irlanda.*

« Yo le ruego se ocupe en reunir noticias biográficas referentes á los italianos que, honradamente, se han enriquecido en regiones extranjeras, particularmente en lo relativo á los obstáculos de la primera parte de su vida, y á los esfuerzos y medios que emplearon para vencerlos, así como también las ventajas que sacaron y aseguraron para ellos mismos y para el país en que se establecieron. »

General MENABREA,  
*Circular á los Consules italianos.*

Cuando el conde Menabrea era primer Ministro de Italia, ordenó que se enviase un despacho á los consules de Italia en todas las partes del mundo, invitándoles á que reunieran y remitieran « noticias biográficas relativas á los italianos que honradamente se habían enriquecido en países extranjeros ».

El objeto de semejante circular era reunir datos relativos á la vida de sus compatriotas, para imprimir un libro de « Vida práctica » en el que los ejemplos citados fuesen exclusivamente sacados de hechos de ciudadanos italianos. De este libro decía que « una vez extendido entre las masas, no podría menos de excitarlas á la emulación y animarlas á seguir los ejemplos que en él encontrarían, » además que « en el curso de los tiempos ejercería una poderosa influencia en el aumento de la grandeza del país ».

Nosotros sabemos por el conde Menabrea que, aun cuando no se ha publicado ninguna obra con las noticias biográficas reunidas en contestación á la circular, sin embargo, el libro titulado *Querer es poder* del profesor Lessona, que vió la luz hace unos cuantos años, respondió á todos los propósitos con que fué publicado, y presenta muchos ejemplos de paciencia, industria é incesante perseverancia de italianos en todas partes del mundo. Muchas narraciones importantes de vidas y caracteres fueron necesariamente omitidas en la interesante obra del profesor Lessona. Entre estas debe mencionarse el asunto de las siguientes páginas : un italiano distinguido que reúne las condiciones indicadas por Menabrea, un italiano que teniendo ante sí un cúmulo de dificultades, supo elevarse hasta una alta posición pública, á la vez que propocionaba grandes beneficios al país en el que se había establecido, con el desarrollo de sus operaciones industriales. Hablamos de Carlos Bianconi y su establecimiento del gran sistema de comunicaciones, por medio de carruajes, en Irlanda (1).

Carlos Bianconi nació en 1786 en el pueblo Tregolo situado en la alta Lombardía, y distante diez millas de Como. La última elevación de los Alpes desaparece en su distrito, y las grandes planicies de Lombardía se extienden hacia el Sur.

(1) Este capítulo se publicó por primera vez en *Good Words*. Posteriormente se publicó una biografía de Carlos Bianconi por su hija Mrs Morgan John O'Connell, pero no ha quitado interés á este trabajo por ser su contenido tomado en su mayor parte de libros de Mr Bianconi.

Esta región es conocida por sus riquezas y bellezas; sus habitantes son famosos por el cultivo de las moreras y la cría de los gusanos de seda, hasta el extremo de que la seda más fina de Lombardía es la producida en la campiña de este pueblo. La familia de Bianconi, como la mayor parte de los vecinos, se dedicaba al cultivo de la seda.

Carlos tuvo tres hermanos y una hermana. A la edad conveniente fué enviado á la escuela. El abate Radicali había sacado muy buenos discípulos, pero con Carlos Bianconi se equivocó por completo. El nuevo discípulo aparentaba ser un tonto. Era muy atrevido y valiente, pero no aprendía nada. Las lecciones le producían el mismo efecto que el agua á los patos. Por esto, cuando dejó la escuela á los diez y seis años de edad, era casi tan ignorante como cuando entró en ella y mucho más terco.

El joven Bianconi había ya llegado á la edad en que se esperaba podría valerse de su propio trabajo, y deseando su padre que se ganara la vida, estando próximas las quintas, para evitar el servicio militar fué enviado al extranjero. Los jóvenes que tenían amor al trabajo y deseos de independencia sabían abandonar su país para establecerse en el extranjero, y los obreros de las cercanías de Como emigraban ordinariamente á Inglaterra, llevando consigo varios comercios, principalmente la manufactura y venta de barómetros, lentes, imágenes, grabados, pinturas y otros artículos.

De acuerdo con esto, convino su padre con un tal Andrea Faroni que le llevaría á Inglaterra y le

instruiría en el comercio y venta de grabados. Bianconi fué aprendiz de Faroni durante diez y ocho meses, y puesto bajo el cuidado de Colnaghi, antiguo amigo de su padre, quien entonces hacía grandes progresos en la venta de grabados en Londres, y que más tarde alcanzó una considerable fortuna y reputación.

Bianconi hizo sus preparativos para dejar su casa. Un pequeño festival se dió en una posada de Como, en el que toda la familia estaba presente. Era muy doloroso para su madre separarse del hijo, á pesar del carácter independiente de éste. Llegado el momento de la marcha, se desmayó la madre, haciendo aquel incidente meditar á Bianconi, por primera vez, en los contratiempos de la vida. Cuando salió de su casa, despidiéndose de su familia, las últimas palabras que oyó de su madre, palabras que nunca olvidó, fueron estas: «Acuerdate de mí, pensando que desde la ventana, vigilo para verte volver.»

Además de Carlos Bianconi, tenía Faroni otros tres muchachos á su cargo. Uno, era hijo de un posadero de pueblo, otro, hijo de un sastre y el tercero, de un comerciante de telas. Todos juntos cruzaron los Alpes por el camino del valle de San Giacomo. Desde la cima de los Alpes vieron los llanos de Lombardía, extendidos á sus pies, hasta una distancia inmensa. Pronto pasaron la frontera suiza y se encontró por fin Bianconi alejado de su casa, sintiendo entonces que sin ayuda de sus amigos ó parientes tenía que hacer su carrera en el mundo por sí propio.

Llegaron los viajeros á Inglaterra, sin novedad;

pero Faroni, sin detenerse en Londres, los hizo seguir hasta Irlanda, y llegaron á Dublin en el verano de 1802, hospedándose en « Temple Bar », cerca del puente de Essex. Pasó algún tiempo antes de que Faroni pudiese enviar los muchachos á vender pinturas. Primero tuvo que fundir plomo para hacer los marcos, luego tuvo que montar estos y darles color, y después pintar las telas que, en su mayor parte, eran de asuntos sagrados ó retratos de hombres conocidos. Las flores que eran de cera tenían también que ser preparadas y en todo esto se empleó algún tiempo, tardando bastante los muchachos en ser enviados á vender estos objetos á los transeuntes.

Cuando Bianconi salió á las calles de Dublin á vender las pinturas, no sabía hablar ni una palabra de inglés. Solamente podía decir « buy, buy » comprad, comprad (1). Todos le hablaban en una lengua desconocida. Cuando le preguntaban el precio, sólo podía indicar con los dedos el número de peniques que exigía por sus mercancías. Luego, aprendió algo de inglés, lo suficiente para poder viajar él solo, y entonces fué enviado á distintos puntos á vender los géneros. Salía todos los lunes por la mañana, con mercancías por valor de cuarenta chelines, con orden de volver el sábado ó antes si es que había vendido todo lo que llevaba. La única cantidad de dinero que les daba su maestro al salir, eran cuatro peniques... Cuando Bianconi reprochaba á Faroni por lo exíguo de esta cantidad, le contestaba su maestro : « Mientras tengas mercancías tendrás dinero, si haces lo posible para venderlas pronto. »

Durante su aprendizaje, adquirió Bianconi mucha instrucción, estudiando los países por donde pasaba. Constantemente hacía conocimiento con gentes nuevas y visitaba nuevas plazas. En Watesford hizo un buen negocio con la venta de pinturas. Además de los cuadros de asunto sagrado llevaba retratos de la familia real, de Bonaparte y de sus más distinguidos generales. Bonaparte era el temor de todos los magistrados, especialmente de los de Irlanda. En Passage, cerca de Watesford, Bianconi, fué detenido por vender un retrato del famoso emperador francés, y encerrado en un calabazo de cuartel, helado, y allí pasó una noche sin cama, fuego ni alimento. Al día siguiente fué puesto en libertad por el juez, pero advirtiéndole que no vendiera más tales pinturas.

Muchas cosas llamaron la atención de Bianconi en su primer viaje por Irlanda. Le asombró mucho lo que bebían los hombres, y ver fumar á las mujeres en pipa. Las violentas luchas de partido que tenían lugar en las ferias que frecuentaba, eran de una especie que no había nunca observado entre los pacíficos habitantes del norte de Italia. Estas luchas de partido eran debidas, en parte á la bebida y en parte á la manía batalladora que prevalecía entonces en Irlanda. Había también un gran número de desarrapados y deformes mendigos en todas las ciudades ; querellas y luchas por las cualles, juego desafiós, y vida licenciosa en todas las clases de la sociedad, cosas todas que no podían menos de ser notadas y que hoy, felizmente, han desaparecido casi por completo.

A los diez y ocho meses terminó Bianconi su

aprendizaje y Faroni se ofreció á volverle á casa de sus padres en cumplimiento de lo convenido con ellos. Pero Bianconi no deseaba volver á Italia. Faroni le entregó el dinero que le había retenido de su salario y Bianconi se estableció por su cuenta. Tenía entonces diez y ocho años y era fuerte, sano, y capaz de andar con una pesada carga en sus espaldas, veinte ó treinta millas diarias. Compró una gran caja, la llenó de grabados, pinturas y otros artículos, y salió de Dublin para recorrer el sur de Irlanda. Tuvo éxito en este viaje como lo tienen las personas que trabajan con actividad. El italiano de los cabellos rizados llegó á ser el favorito del público. Empleó su nativa cortesía con todos, adquiriendo muchas amistades entre sus parroquianos del país.

Bianconi solía decir que fué en este tiempo, mientras llevaba sobre su espalda la caja de un peso de cien libras por lo menos, cuando concibió la idea de encontrar algún medio económico de transporte en beneficio de las clases pobres de Irlanda. Cuando soltaba la caja de los cuadros, arrimándose á un poste para descansar de su fatiga, acudía á su cerebro esta idea : « ¿ Por qué deben trabajar y andar á pié los obreros, mientras los poderosos van en coche y viven cómodamente? ¿ No sería posible establecer un sistema que multiplicara las comodidades entre los pobres ? »

Se ve por esto que Bianconi empezaba ya á pensar en el asunto. Habiéndole preguntado poco tiempo antes de su muerte, como se le había ocurrido la primera idea para establecer su sistema de coches, respondió : « Me la inspiraron mis

espaldas. » El peso de cien libras que acarrea, estimuló sus facultades mentales. Pero el tiempo de su gran experimento, aun no había llegado.

Bianconi fué de ciudad en ciudad por espacio de unos dos años. La caja de cuadros llegó á ser más pesada que nunca, reemplazándola algún tiempo por una cartera de grabados. Más tarde se cansó de su vida errante y, en 1806, se estableció en Carrick-on-Suir, como vendedor de pinturas, grabador y dorador. Se abastecía de láminas de oro en Waterford, á cuya ciudad solía ir en una lancha de Tom Morrissey. Aun cuando la distancia de una á otra ciudad, por tierra, era solamente de doce millas, resultaba doblemente larga por agua, á causa de las revueltas del río Suir. Además la lancha solamente podía hacer la travesía en buen tiempo. A veces estos viajes no tenían buenas consecuencias y á veces empleaba más de medio día en realizarlos. En uno de ellos, Bianconi se mojó tanto á consecuencia de la lluvia, que cogió un enfriamiento el cual degeneró en pleuresía y le obligó á guardar cama cerca de dos meses. Fué cuidadosamente atendido por un bondadoso y amable médico, el Dr White que no le quiso cobrar ni un penique por su asistencia y alimentación.

Sus negocios no prosperaban en Carrick-on-Suir ; la ciudad era pequeña y el comercio muy escaso. Por esto Bianconi, después de un año de poca venta, resolvió trasladarse á Waterford por ser este un centro de operaciones mucho más amplio. Teniendo entonces veintiun años de edad, empezó otra vez como grabador y dorador. Sus

negocios le fueron tan bien que trabajaba mucho ; algunas veces desde las seis de la mañana hasta las dos de la noche. Como de costumbre tuvo muchos amigos y entre los mejores de estos estaba Edward Rice, el fundador de los « Hermanos cristianos » en Irlanda. Edward Rice ha sido un verdadero bienhechor de su país. Se consagró á la educación mucho tiempo antes de que las escuelas nacionales se estableciesen, invirtiendo todos sus bienes en la fundación y desenvolvimiento de tan santa empresa.

Los consejos y lecciones que Mr Rice dió á Bianconi, le pusieron en el buen camino. Ayudó al joven extranjero á aprender inglés. Bianconi ya no parecía un estúpido , como cuando fué de niño á la escuela, sinó por el contrario un hombre sagaz, activo y emprendedor, deseoso de crearse una buena posición. Mr Rice le guió en el camino de la aplicación y de la industria, le obligó á ser cuidadoso y sobrio, y le fortaleció en sus creencias religiosas. La ayuda y la amistad de este buen hombre, ejercieron gran presión sobre la inteligencia y el alma del joven, cuyos hábitos de conducta y carácter moral y religioso, entonces en formación, no podían menos de ejercer, como el mismo Bianconi reconoció más tarde, una poderosa influencia en el resto de su vida.

Aun cuando suele decirse que « tres mudanzas equivalen á un incendio », después de permanecer unos dos años en Waterford, se trasladó nuevamente, yendo á Clonmel, en el condado de Tipperary, en 1809. Clonmel es el centro de un gran comercio de cereales, y se comunica por el

río Suir con Carrick y Waterford. Bianconi, por lo tanto, extendió sus relaciones, pues continuó sirviendo á sus antiguos clientes de las otras dos ciudades. Aplicóse más al trabajo de arífice que á las tareas de comerciante, llegando á ser el más estimado grabador y dorador de la comarca. Además iba siempre á caza de nuevos negocios. En aquel tiempo, cuando la guerra con Francia estaba en su apogeo, el oro tenía premio. Las guineas valían veintiseis ó veintisiete chelines y, por esto empezó Bianconi á comprar guineas á los aldeanos. Los nacionalistas se alarmaron de este prodecimiento y empezaron á circular el rumor de que Bianconi, el extranjero, compraba oro en barras para mandarlo secretamente á Bonaparte. Pero, á pesar de todo, la gente del país acudía con sus guineas, pues no tenían odio particular contra Bonaparte, y más bien le admiraban.

La conducta de Bianconi era en este asunto completamente digna, pues las guineas que recogía, las endosaba con beneficio á los banqueros ingleses.

Los habitantes del país pronunciaban difícilmente su nombre. Su tienda estaba en una esquina de la calle de Johnson y en vez de llamarle Bianconi, empezaron á llamarle « Bian of the Corner » que significa : Bian de la esquina. Posteriormente, sólo le llamaban « Bian ».

Poco tiempo después de establecer Bianconi su negocio, era muy conocido por sus trabajos de grabador y dorador, y empezaba á ser considerado como un hombre de gran porvenir. Necesitó quien le ayudara en su comercio, teniendo tres dorado-

res alemanes en el taller que también despachaban en la tienda, pues Bianconi iba de población en población, unas veces andando y otras en coche, recibiendo encargos de obras y vendiendo sus mercancías.

Aún conservaba Bianconi algo de su antigua vivacidad y travesura. Una vez, viajando en coche de Clonmel á Thurles, llevaba consigo un gran espejo con un marco dorado en el que había empleado unos quince días de trabajo, y en un momento de buen humor empezó á hacer cosquillas al caballo bajo la cola con una paja. El animal se encabritó, desbocándose, y volcando el coche, hizo mil pedazos el espejo.

En otra ocasión, un hombre llevaba sobre sus espaldas un gran espejo de Bianconi. En el camino, viendo una vieja el fardo le preguntó que contenía, á lo que respondió Bianconi, que seguía de cerca al hombre, que era el llamamiento del Juicio final. La pobre vieja se puso muy contenta, se arrodilló en medio del camino como si viese una pintura de la Virgen, y dió gracias á Dios por haberla permitido en su avanzada edad ver el llamamiento del Juicio final.

Pero estas travesuras de Bianconi no duraron mucho tiempo. Se hizo serio y frugal. Posteriormente solía decir: « cuando ganaba un chelín diario en Clonmel, sólo gastaba ocho peniques. » Llegó entonces á tener que unirse á otros que le ayudaron á pagar la casa, pero en cuanto empezó á ganar, tuvo una casa sólo para él. Se compró un calesín amarillo en el que viajaba de pueblo en pueblo, siendo en todas partes recibido

con amabilidad y hospitalidad. Se le consideró ya entonces como un hombre respetable y digno de un cargo local. Fué elegido miembro de la « Sociedad para visitar enfermos pobres » y llegó á formar parte de la « House of Industry ». Podría haber seguido ganando cada día más en Clonmel, pero su antigua idea, la que se le ocurrió mientras descansaba en las cunetas de los caminos, teniendo á su lado la pesada caja de cuadros, revivió en él y decidió tratar de llevarla á la práctica.

Se lamentaba frecuentemente de la fatiga con que la pobre gente viaja con pesados fardos en las espaldas y á pie, y extrañaba que no se hiciese nada para aliviar tales sufrimientos. « Otras clases de gentes preocupan al gobierno. ¿ Por qué no ha de auxiliar á los pobres, dándoles caminos, cabañas, carruajes, barcos, etc. Esta, en realidad, era una idea equivocada, pues donde el pueblo es muy atendido, deja él mismo de atenderse. Carlos Bianconi no se vió nunca ayudado más que por consejos amistosos. El se había bastado para sí mismo y quiso ocuparse de los demás.

Las dificultades corrientes eran lamentadas por todos, pues no había ni un Irlandés que desconociese la dificultad de trasladarse de un lugar á otro. Había caminos, pero no medios de transporte. Había gran abundancia de caballos en el país, pues los que se llevaron á Irlanda en previsión de una guerra, estaban disponibles, pero se había establecido una contribución sobre los carruajes, que disminuía mucho el número de estos.

Los caminos de Irlanda en aquel tiempo eran buenos, estando en iguales condiciones, sino mejores que los de Inglaterra. La abundancia de caballos, el estado de los caminos y el buen número de coches sin empleo, era generalmente conocido, pero hasta que Bianconi tomó esto á su cargo, no hubo persona de inteligencia, energías ó capital en el país, que tratase de remediar este gran inconveniente público.

Estaba reservado á nuestro joven italiano, grabador y dorador, hombre de resolución, aunque de pequeño capital, realizar esta empresa y demostrar lo que puede hacerse con una labor prudente y perseverantes energías. Aunque su primera idea de un sistema de transportes, tenía su origen « en el excesivo peso que soportaba su espalda », Bianconi meditó muchísimo y puso en acción su inteligencia para convertir esta idea en un hecho. Era de opinión de que nunca debían despreciarse los pequeños intereses ni descuidarse las necesidades de las clases trabajadoras. Vió las sillas de posta atendiendo á las exigencias de los ricos y facilitándoles el viajar de un punto á otro. « Entonces » se dijo él mismo « ¿ no me sería posible hacer un carruaje ordinario de dos ruedas para servir las necesidades de las gentes pobres ? »

Cuando Mr Wallace, presidente de la « Select Committee on Postage » en 1838, preguntó á Mr Bianconi : « ¿ Qué os induce al establecimiento de estos carruajes ? contestó éste : « Por todo lo que he visto desde que llegué á este país, he sentido la necesidad de tales carruajes, y sobre todo

por no existir un medio de transporte que supla la diferencia que hay entre los que viajan á pie y los que viajan en sillas de posta. *El poco conocimiento del idioma inglés* me dió tiempo para deliberar y á medida que iba aprendiendo este idioma, iba también conociendo las localidades, y esta idea iba siendo para mí una pesadilla cada día mayor hasta que al fin imaginé el establecimiento de las diligencias, y con este propósito hice funcionar una para los viajeros entre Clonmel y Cahir » (1).

¡ Qué suerte fué para Bianconi y para Irlanda que no pudiese hablar con facilidad, que no conociese el lenguaje ni las costumbres del país ! En este caso, el silencio fué « oro ». Si hubiese podido hablar con la gente que le rodeaba, habría dicho mucho y no hubiera hecho nada ; nada habría intentado y en consecuencia nada habría concluido. Habría acudido con una petición al Parlamento para el desarrollo y subvención de su sistema de carruajes ó habría acudido á sus amigos particulares en demanda de ayuda y, una vez que fracasara en sus pretensiones, habría abandonado su idea, quejándose de los hombres y de los gobiernos.

Pero en vez de hablar, procedió á hacer, dando con esto razón á la máxima de *volere è potere*. Meditada que fué su idea, procedió á ponerla en práctica ; con sus economías podía principiar, y una vez emprendido el negocio, el éxito le ayudaría á desarrollarlo.

(1) Obtenido del « Select Committee on Postage » (parte segunda) 1838.

El principio fué ciertamente muy pobre, pues funcionó solo un coche de viaje tirado por un caballo y capaz para seis personas. El primer coche que prestó sus servicios entre Clonmel y Cahir, que distaban uno de otro doce millas, empezó este servicio el 5 de Julio de 1815, día memorable para Bianconi y para Irlanda. En ese tiempo la cómoda circulación de los pasajeros estaba limitada á muy pocos coches y por los grandes caminos, siendo los precios de transporte muy caros y por lo tanto lejos del alcance de las clases pobres y medias.

La gente se extrañó de la aparición del coche de Bianconi, y hubo, por supuesto, los profetas del fracaso, anunciando « que no daría buenos resultados ». Creían que nadie querría pagar diez y ocho peniques por ir á Cahir en coche, cuando podían ir á pie gratuitamente. Otros creían que Bianconi se perjudicaría en su comercio por no haber punto de relación entre los cuadros con marco dorado y el carruaje de diligencia.

Lo cierto es que la empresa se vió al principio amenazada de quiebra. Casi nadie quería ir en el coche. La gente prefería viajar á pie y economizar el precio del transporte para ella de más valor que su tiempo. El coche circulaba semanas enteras sin un pasajero. Otros hombres habrían abandonado la empresa, sin esperanzas, pero Bianconi que era un hombre tenaz y perseverante ¿ qué podría haber hecho sino *poner otro coche en competencia*? Nadie supo esto sino él mismo, ni aun los cocheros de los coches rivales. Las razas de caballos, el entusiasmo de los pasajeros, la bara-

tura de las precios, lo árduo de la contienda, fijó la atención del público que se dividió en partidarios de ambos coches y en poco tiempo ambos coches circulaban atestados de viajeros.

La gente empezó á acostumbrarse á viajar. Podían aún ir á pie á Cahir, pero yendo en coche, no se fatigaban y economizaban tiempo. Podían ir al mercado de Cahir, realizar sus negocios y volver cómodamente, dentro del día, á sus casas. Entonces pensó Bianconi en prolongar el servicio de coches hasta Tipperary y Limerick. En el mismo año 1815, estableció otro coche entre Clonmel, Cashel y Thurles. Así todas las principales poblaciones de Tipperary, antes de concluir el primer año de esta empresa, se vieron enlazadas por coches que además de comunicarlas entre sí las relacionaban con Limerick.

Pronto conocieron las ventajas que proporcionaban estos coches, los hombres de negocios, propietarios y hasta los labradores. Antes de que se estableciesen, empleaba un hombre todo un día en ir de Thurles á Clonmel, otro día para realizar sus negocios y el tercer día en el viaje de vuelta, en tanto que después de establecidos, en un día podían hacerse los viajes de ida y vuelta entre las dos ciudades, y tener cinco ó seis horas intermedias para realizar los negocios, economizándose así dos días.

Continuó Bianconi desarrollando su proyecto, y en el siguiente año de 1816, puso otro coche para que prestara sus servicios entre Clonmel y Waterford. Antes de este tiempo, no había comunicación cómoda entre Clonmel y Carrick-on-Suir



situado en la mitad del camino entre Clonmel y Waterford, pero había el servicio de una lancha entre Carrick y Waterford. La distancia entre estos dos últimos puntos era por el camino doce millas y por el río Suir venticuatro. La barca de Tom Morrissey hacía dos viajes por semana llevando de ocho á diez pasajeros á seis peniques y medio de los en circulación entonces; hacía el viaje en cuatro ó cinco horas, á más de tener que esperar la alta marea para remontar el río. Cuando estuvieron establecidos los coches de Bianconi, recorrían la distancia con regularidad, en dos horas, diariamente, y al precio de dos chelines.

La gente pronto se acostumbró á las ventajas de los coches, aprendiendo también por ellos la puntualidad y el valor del tiempo. Los nuevos coches estaban seguros y bien acondicionados. Eran arrastrados por buenos caballos. Los coches de viaje empleados anteriormente eran inseguros, incómodos y sus cocheros eran descuidados frecuentemente. Sam Lover contaba de un cochero que, después de haberlo llevado por un camino muy accidentado, le pidió una gratificación diciéndole que bien la merecía por su destreza. Después de dársela, preguntóle que dificultades hubo que vencer en el camino, y el cochero le respondió que no era poca dificultad guiar en aquel terreno un coche que tenía saltados algunos *tornillos del eje*.

Bianconi para asegurar la solidez y seguridad de sus coches estableció un taller donde los construía. Así podía confiar en sus vehículos. Continuó trabajando como grabador y dorador hasta que el negocio de los coches adquirió tal desarrollo

que absorbía por completo todo su tiempo y atención. Cuando estableció un coche que hacía un servicio de Clonmel á Waterford, una distancia de treinta y dos millas, y costando cada asiento de tres á seis peniques, aseguró su triunfo.

Hizo de Waterford uno de los principales centros de sus operaciones como ya lo había hecho antes de Clonmel. En 1818, estableció un servicio de coches entre Waterford y Ross, en el siguiente año otro entre Waterford y Enniscorthy. Algunos años más tarde estableció tres coches que comunicaran Waterford y Kilkenny, y Waterford y Dungarvan. Estableció también nuevos coches que comunicaran con puntos más lejanos y siguiendo las direcciones norte, este y oeste. Los viajeros entre Clonmel y Waterford habían aumentado mucho en muy pocos años. En vez de los ocho ó diez pasajeros llevados por Tom Morrissey en su barca sobre el Suir, había coches y caballos suficientes para transportar un centenar de viajeros diariamente entre ambas plazas.

Bianconi dió gran impulso á sus negocios en 1826, con motivo de las elecciones de Waterford. En efecto, se encontraba en un momento crítico de su fortuna, pues estaba su capital comprometido. Los gastos de sostenimiento y los producidos por el aumento de número de sus carruajes y los de alimentación del ganado eran muy grandes y para atenderlos necesitaba que alguien le facilitase ayuda pecuniaria.

Cuando las elecciones en Waterford, el partido de Beresford entonces muy poderoso, alquiló á Bianconi todos sus coches para transportar á sus

electores. El partido popular, sin embargo, presentaba un candidato y acudió en demanda de ayuda á Bianconi que no pudo complacer por tener todos sus coches contratados. Al día siguiente de haber rechazado Bianconi la demanda del partido popular, fué apedreado con barro y uno ó dos de sus coches, con caballos y todo, fueron arrojados por un puente.

Entonces escribió Bianconi al agente de Beresford diciéndole que no podía arriesgar por más tiempo sus cocheros y caballos y que deseaba deshacer el contrato. El partido de Beresford que no quería poner en peligro las vidas de los cocheros ni de los caballos dejó á Bianconi libre de su compromiso. Pactó entonces con el partido popular al que puso en condiciones de ganar la elección y por esto recibió en pago un millar de libras. Este aumento de capital le sirvió de gran ayuda en aquella circunstancia, pues pudo comprar más caballos y forrajes, aumentando el número de sus coches de ruta.

Aún encontró entonces entre sus numerosas ocupaciones tiempo para casarse. Tenía cuarenta años y casó con Elisa Hayes, de veinte años, hija de Patrick Hayes de Dublin y de Henrietta Burton de Inglaterra. El matrimonio se celebró el 14 de Febrero de 1827 y la ceremonia fué presidida por el arzobispo Murray. Mr Bianconi debía encontrarse entonces en buenas circunstancias, pues dotó á su mujer con dos mil libras el día de su matrimonio. En sus primera época de casado dividió su tiempo entre sus coches y las elecciones y agitaciones revolucionarias, pues fué siempre un

gran aliado de O'Connell. Aun cuando siguió los movimientos revolucionarios, no tenía en ellos sus simpatías, pues prefería el imperio á la república, pero nunca se negó el placer de apoyar á O'Connell con razón ó sin ella.

Hagamos ahora un diseño de Bianconi. El italiano de los cabellos rizados, se había desarrollado, llegando á ser un hombre de buena figura. Sus rizados y espesos cabellos cubrían su cabeza de un modo semejante al de los antiguos bustos romanos. Su cara era muy expresiva, su barba sólida, sus narices agudas, bien formadas; sus ojos vivos. Era activo, enérgico, robusto, y entretenía sus ocios al aire libre. Era tan buen fisionomista que rara vez olvidaba una cara que ya hubiese visto. Conocía todos sus caballos por sus nombres. Pasaba poco tiempo en su casa, viajando constantemente en busca de negocios, aumentando su importancia y organizando sus asuntos.

Volvamos á ocuparnos de sus coches. Había establecido una línea de comunicación entre Clonmel, que fué su primer centro de operaciones, y Cork, y más tarde fué extendida hacia el norte por Mallow y Limerick, y posteriormente los coches de Limerick continuaban á Tralee y desde allí á Cahirciveen por la costa sudoeste de Irlanda. Los coches se extendieron también por el norte, yendo de Thurles, á Roscrea, á Ballinasloe, á Athlone, á Roscommon, á Sligo y á todas las ciudades principales del noroeste de Irlanda.

Los coches enlazaban unos con otros, pasando por las ciudades más importantes y especialmente por las comerciales, en número suficiente para